LUZ CATÓLICA

SEMANARIO CRÍTICO DE RELIGIÓN, CIENCIAS Y ESPAÑOLISMO

Director: JOSE DOMINGO CORBATÓ, Presbítero

2.ª Edición	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN Un semestre.... 4 pts. Un año....... 7 » Núm. suelto.... 0'15	OFICINAS: *Bordadores, 12, 2.º* Valencia 15 Noviembre 1900 (Reimpreso en Marzo de 1911)	Anuncios á precios convencionales *Grandes facilidades á los suscriptores*	AÑO I. NÚM. 7

Predica la verdad, insiste con oportunidad y sin ella, reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina (2 Tim. IV, 2)

SUMARIO



CATÓLICOS Y CRISTIANOS

Espanta leer lo que las crónicas antiguas refieren del estado en que la herejía arriana logró poner la Iglesia y las naciones cristianas. Constantinopla mismo, corte del imperio, hallábase desolada en todos conceptos, mayormente en punto á ortodoxia católica. Todo el celo del emperador Graciano se había estrellado contra el poder de la herejía, y no había quien convenciese á los herejes de que estaban en el error. Es lo mismo que acontece hoy...

Los herejes ocupaban todas las iglesias de la corte; la antigua fe no tenía más templo que un mísero tugurio. Y así como hoy se persigue á quien tiene el raro valor de defender netamente la verdad de la fe, oscurecida por las pasiones de bando y las soberbias de cuatro malandrines que han tenido la triste fortuna de engañar á muchos, así entonces se perseguía furiosamente y se calumniaba de la manera más cínica á varones tan íntegros y sabios como San Atanasio y el gran Osio, por su santo y feliz atrevimiento en combatir la herejía.

Un gran español, el Papa San Dámaso, ocupaba la Cátedra de San Pedro y multiplicaba su celo apostólico contra la herejía, pero no fué más afortunado que el emperador Graciano. Sin embargo, la Providencia de Dios, en cuyo gobierno parece ha ocupado siempre la creyente España, con respecto á la Iglesia, un lugar preferente, así como se valió de nuestro Osio para la conversión de Constantino y del mundo y para la celebración del Concilio de Nicea, así se valió de otro gran español para extirpar la tremenda y universal herejía. Este español fué Teodosio el Grande.

Elevado por sus méritos personales al solio del imperio del Oriente y Occidente, dedicóse con santo ardor, lo mismo á combatir los bárbaros de la herejía que los bárbaros de las selvas, y de unos y otros llegó á triunfar. Las herejías se extienden porque los soberanos quieren; cuando ellos las combaten sincera y denodadamente, las herejías se acaban. De esto podríamos hacer hoy muchas aplicaciones, si el respeto nos lo consintiera.

A fin de que los fieles pudieran distinguirse de los herejes, Teodosio promulgó leyes sapientísimas y designó Prelados apostólicos en todas las provincias de su imperio, para que la perfecta comunión con ellos distinguiese á los fieles de los herejes. Mandó asimismo que en todo su imperio se profesase la religión de la Iglesia Romana tal como la profesaban el Papa San Dámaso y Pedro Obispo de Antioquía; y para que perpétuamente hubiera una distinción marcada entre fieles y no fieles, mandó que los arrianos, como imbéciles y furiosos, fuesen marcados con la nota de infamia herética, y los fieles con el glorioso dictado de CATÓLICOS, no bastando el de cristianos que se había usado hasta entonces.

Estos fueron los motivos y el origen del título de católicos que ha sido durante dieciséis siglos la gloria de los buenos creyentes, y que es hoy capa de hipocresía con que muchos encubren sus funestos errores. Pero, á decir verdad, la ignorancia presente en materia de religión es tan grande, que tal vez la mayoría de los que sin razón se llaman católicos renunciaría de buen grado á seguir dándose este título si supieran lo que significa.

Católico no es lo mismo que cristiano: lo primero expresa la ortodoxia doctrinal; lo segundo se refiere más bien á la práctica de vida. Seamos en conducta buenos ó malos, cristianos somos si hemos recibido el bautismo; pero si en doctrina somos malos, no somos católicos. Cristianos son los cismáticos griegos y lo

protestantes; cristianos los liberales llamados católicos y más de cuatro masones; cristianos los herejes y los apóstatas; pero única y exclusivamente son católicos los que admiten sin peros toda la doctrina católica y están en perfecta comunión con la Santa Sede.

Pues bien; cuando muchos creyentes á la moda dicen «soy católico», quieren decir: «soy cristiano», porque se figuran que no ser católico es renegar en absoluto de Cristo á guisa de Judas. Si supieran que no llamándose católicos pueden seguir por más de un concepto llamándose cristianos, algunos llegarían á tener por injuria que se les llamase católicos. Verdad es que *buen cristiano* no se puede ser sin ser católico; pero se puede de algún modo.

Tenga, pues, valor y sinceridad cada uno para declarar lo que es; deslíndense los campos. Los que quieran ser de Dios, de la Iglesia católica, no basta que se digan cristianos; díganse católicos: los que no quieran seguir al Papa y al Episcopado *en todo lo que no sea contrario á la Iglesia universal*, conténtense con llamarse cristianos, y agreguen su cristianismo al de las iglesias de Focio ó de Lutero.

José Domingo Corbató, Pbro.



Autoridades

La magna cuestión religiosa del día.

I

«Como los cielos están siempre en continuo movimiento, así paresce que las cosas de la vida humana ruedan también con ellos, pues vemos nunca permanescer en un mismo ser. Lo cual señaladamente se paresce en las vidas de los cristianos que agora viven, si las comparamos con las de los que al principio del Evangelio precedieron... Lo mismo en parte se podría verificar en los estados de los sacerdotes y de todas las dignidades eclesiásticas, y muy más particularmente en los Prelados, los cuales si se compararen con los Ciprianos, Agustinos, Ambrosios, Gregorios y otros tales, veremos claramente la diferencia que han causado los tiempos entre los unos y los otros.

«Entonces florecía la observancia de aquel canon del concilio Cataginense cuarto, donde se manda que el obispo tenga una pobre casa y pobres alhajas para su servicio; y veremos cuánto ha prevalescido la costumbre y mudanza de los tiempos; pues aquel canon ya está olvidado por la costumbre que en contrario hay. Y *la razón que para esto se puede dar es la variedad de los tiempos presentes, que pide esta autoridad y aparatos que vemos agora, para acabar muchas cosas que sin ella no se acabarían, por la malicia de los tiempos y la soberbia de los hombres; que si no es con este linaje de autoridad, no se quieren subjetar ni obedecer*.

«Bien veo que *no caresce esto de fundamento y razón;* mas como en las otras cosas, así en ésta se debe tener respecto á aquélla común sentencia, *nequid nimis*; porque medio tienen las cosas, el cual abraza la virtud, desechando los extremos viciosos.» (V. P. Fr. Luís de Granada. *Vida de Fray Bartolomé de los Mártires*, cap. 1.°)

II

«La autoridad viene de Dios, como el mismo Apóstol enseña. El cristiano, pues, debe obedecer en esto que viene de Dios, no en lo que se aparta de lo mismo. Hemos dicho ya que la prelacía puede no proceder de Dios, ó separarse de Él de dos maneras: en cuanto al *modo* de adquirirla y en cuanto al *ejercicio* de la misma. Lo primero—esto es, el modo de adquisición,—puede ser también de dos maneras; 1.ª, por defecto de la persona, si es indigna; 2.ª, por defecto en el mismo modo de adquirir, esto es, si adquiere el poder por violencia, dinero ú otro medio ilícito. El defecto de indignidad no impide adquirir el *derecho de prelacía*; y porque ésta, según su forma, siempre viene de Dios y por ende crea un deber de obediencia, *los súbditos están obligados á obedecer á estos superiores indignos*. El segundo defecto impide el *derecho de ejercer* autoridad, pues el que arrebata el dominio por violencia no se hace por esto superior ó señor; por lo cual, cuando haya ocasión favorable, puede cualquiera rechazar ese dominio, *á no ser que después el dominante se haya legitimado* por consentimiento de los súbditos *ó por autoridad superior.*» (Santo Tomás de Aquino. *Sent. 2.° Dist. 44, q. 2.ª*)

III

«Quiere el Duque de Madrid que el principio de autoridad sea mantenido en todos los terrenos. Por eso recuerda á los carlistas que, en el religioso, *no hay más voz docente que la de los Obispos en unión con la Santa Sede*, y que con ellos *no es lícito discutir* cuando hablan de doctrina ó de moral... A la Iglesia pertenecen el Magisterio y la Jurisdicción, siquiera sea indirecta, *en todo el orden político*... Los deseos del Sr. Duque de Madrid son los de volver á los tiempos en que la prensa tradicionalista, ferviente auxiliar de los Prelados en toda obra católica, se consagraba á la defensa de la Religión, de la Patria y de la legitimidad, sin el menor roce con los pastores, Jueces y Maestros.» (D. Francisco N. Villoslada. *Circular de 26 de Marzo de 1886, dada por orden de D. Carlos.*)

IV

«Podrá, ciertamente, suceder que en las costumbres de los Prelados, se halle algo no digno de alabanza, y en su modo de sentir algo no digno de aprobación; pero *ningún particular debe erigirse en juez*, cuando Jesucristo Nuestro Señor confió este oficio á sólo Aquél á quien dió la supremacía, así de los corderos como de las ovejas. (León XIII, *Sapientiæ Christianæ.*)

V

«El que se volviere contra su Obispo, Pastor y Padre, haga penitencia en un lugar solitario todos los días de su vida. Graciano añade que primeramente se

le vendan todos los bienes en pública almoneda, y después se le ponga recluso en un monasterio, etc.—Al que se volviere contra el Presbítero, se le castiga con la misma pena.

«Si alguno conspiarse contra su Obispo, Pastor y Padre, será depuesto de su grado. Lo mismo si le pusiere asechanzas.—Si alguno tuviere la temeridad de burlarse ó mofarse de la doctrina y mandato de su Obispo, hará penitencia cuarenta días á pan y agua.

«Múltase con la misma pena al que de tal modo conspirara, que llegase á menospreciar los mandatos de los ministros de su Obispo.—Asimismo, si alguno se burlare de los preceptos del Presbítero ó Párroco, hará otros cuarenta días de penitencia á pan y agua.» (*Cánones penitenciales* compilados por SAN CARLOS BORROMEO en las *Instrucciones*, par. V.)

De ese modo eran tratados antiguamente los que hoy hacen gala de cometer aquellos excesos y otros mayores.



Lecciones para ciertos católicos

LECCIÓN SÉPTIMA

La legión Fulminante.

«Del cielo viene la victoria.» Desde que el gran caudillo Judas Macabeo pronunció estas palabras, pocas veces, tal vez ninguna, se cumplieron tan extraordinariamente como en la batalla ganada contra los germanos por la legión Melitena en tiempo del emperador Marco Aurelio, año 174 de Cristo.

Muchos años hacía que dicho emperador estaba en guerra con los Cuados, belicosos pueblos de la Germania, á los que no podía dominar, no obstante haberse puesto él mismo al frente de sus ejércitos. Tan apretado del enemigo se vió un día, que con éstos en masa hubiera sido destrozado si el cielo no hubiera combatido abiertamente por él, aniquilando á los bárbaros con insólitos prodigios.

Prestad un poco de atención, amables lectores, si deseáis saber cómo favorece Dios Nuestro Señor á los que en Él confían; cómo la oración de los buenos penetra los cielos; cómo los verdaderos cristianos ganan las batallas, así sea en beneficio de un soberano infiel.

No eran comparables los germanos al ejército imperial en valor y disciplina, pero tenían la ventaja del número y de conocer mejor el terreno, de lo cual se valieron para llevar con notable estratagema las legiones imperiales á una inmensa llanura rodeada de selvas y montañas. Cercaron allí al emperador con su ejército, y de tal modo tomaron las posiciones estratégicas y cerraron todos los pasos, que la situación de aquéllos, no sólo era difícil, sino desesperada. Sucediendo esto en plena canícula, el calor era sofocante, y ni una gota de agua había en toda la llanura; muchos de los romanos caían muertos de cansancio, de calor y de sed; y si no querían morir todos de esta suerte, el único remedio era irse á morir de otra, esto es, á manos de los bárbaros, porque abrirse paso era imposible.

Una de las legiones de Marco Aurelio era la Melitena, cuyos soldados, en su mayoría, profesaban de corazón la Religión cristiana. Viendo éstos el ejército imperial en tan apurado trance, invocaron fervientemente el auxilio del Dios de los ejércitos, y de repente aparecieron sobre las crestas de las montañas grandes nubarrones que con prodigiosa rapidez cubrieron todo el horizonte y dejaron caer copiosísima lluvia en toda y sola la llanura.

Abierta la boca recibían muchos romanos el agua que caía, y otros en sus cascos ó en sus escudos para sí y sus caballos, olvidándose todos del enemigo que les acechaba. Así que los cuados advirtieron cuán ocupados estaban los imperiales en beber, lavarse y abrevar sus caballerías, acometiéronlos por todos lados con terrible ímpetu, seguros de cogerlos desprevenidos y hacerlos tajadas; pero en el mismo instante cesó la lluvia en la llanura y comenzaron las nubes á arrojar torrentes de piedra y rayos espantosísimos á los cuados: el Dios de la legión Melitena seguía mostrándose propicio á la oración de sus siervos.

Aterrorizados los bárbaros, huyeron precipitadamente á esconderse en los bosques, dejando el suelo cubierto de cadáveres: la piedra y los rayos mataron más enemigos que hubieran muerto los romanos en un año de guerra victoriosa, y Marco Aurelio triunfó...

Algunos historiadores gentiles atribuyeron este grandioso acontecimiento á la probidad del emperador que los dioses quisieron premiar; otros á la magia de un egipcio y un caldeo, Arnufio y Juliano, que suponen acompañando al emperador en aquella jornada; en Roma se atribuyó toda la gloria á Júpiter Tonante, y otros discurrieron de diversas maneras; pero todos convinieron en la verdad del acontecimiento. No sólo los cristianos lo atribuyeron á la oración de la legión Melitena y de otros cristianos que militaban en el mismo ejército, sino también muchos paganos, entre ellos el mismo emperador Marco Aurelio.

Convencido éste de que debía el triunfo á la legión Melitena, dió á la misma el glorioso título de LEGIÓN FULMINANTE, en memoria de los rayos que por la oración de ellos arrojó el cielo á los cuados. Hizo más el emperador: Eusebio, San Jerónimo, Orosio y Tertuliano citan cartas escritas por él en testimonio público de la piedad de los cristianos, que le valió tan insigne victoria; y tanto expresaba la sinceridad de su pensar, que impuso pena de la vida á los que en adelante osase acusar á los cristianos.

Lectores: si pensáis que hoy no se harían milagros como éste, convenid, por lo menos, en que la oración de los buenos puede obtener de Dios que una bala vaya bien dirigida... y una bala bien dirigida puede dejar un ejército sin cabeza y salvar una nación.

N. DE FUENTEVIEJA.



AVISOS

Teodorico, aunque arriano, tenía un ministro católico, á quien amaba mucho, y en quien había puesto toda su confianza. Creyendo este ministro ser más agradable á su rey y confirmarse en su gracia, renegó del catolicismo y abrazó la herejía arriana. Así que Teodorico lo supo, dijo: «Si este hombre es infiel á Dios, infiel me será á mí que soy un hombre.» Y mandó cortarle la cabeza.



Apología del instinto

I

Razón de esta apología

La primera vez que tuve el disgusto de atravesarme en los caminos del Sr. Pey-Ordeix, dije por modestia cuán cortos son mis alcances, pero que tengo en asuntos religiosos cierto instinto que suple la falta de aquellos. Replicóme Pey dándome una «lata» descomunal acerca del instinto, y los admiradores del gran hombre dijeron á coro que me había aplastado. Después me lo han repetido millón y medio de veces, sobre todo desde que se publica LUZ CATÓLICA, y aun no hace dos días recibí una carta en que se me decía:

«Desde que el intrépido Sr. Pey y Ordeix dejó á usted como una coca (sic) en aquello del *instinto*, este ha seguido siempre siendo el supremo y adecuado criterio de verdad teológica de usted. ¿Qué caso haremos los carlistas de sus doctrinas de usted, si usted no discurre más que por instinto? Apéese, reverendo Padre, apéese de su burro ó instinto para andar como los demás mortales.»

En estas sandías palabras hay más desatinos que sílabas, aun prescindiendo de lo que á mí se refiere; pero yo no soy tan humilde que me rebaje á impugnarlas. Todo lo que puedo hacer es oponerles otras de un digno sacerdote que también me impugna, invitándome á publicar su carta y su nombre: me refiero á D. Federico Guardiola, de Vinaroz, el cual dice así:

«Todos los católicos, todos los que desean de veras el triunfo de Cristo, ven *por instinto* que el partido carlista es en España la salvaguardia de la Iglesia... Mire usted que ese *instinto*, ese común sentir es el mejor discurso y el mayor argumento en favor de una verdad.»

La carta del Sr. Guardiola será publicada tan pronto como haya lugar; por hoy basta lo copiado. En cuestión de apreciaciones ú opiniones no hemos de reñir el Sr. Guardiola y yo, y menos en cuanto al valor del instinto racional. En efecto, el instinto racional que Pey y sus instinticidas compadres confunden con el de los brutos, vale en muchos casos más que la razón misma, especialmente cuando es ese instinto general á que llamamos sentido común ó común sentir. Si la primera afirmación del Sr. Guardiola es verdad, su argumento no tiene réplica.

La confusión que reina hoy entre los católicos en no pocos puntos de doctrina y en muchísimos de disciplina, es por extremo espantosa. De siglos viene anunciándose por varios profetas, y se cumple de modo que hiela de horror el alma. Sin embargo, estamos en los principios de la confusión: ha de ser mucho más vasta y profunda, y sólo se acabará cuando la venganza de Dios anegue en sangre estas sociedades podridas, compuestas de dogmatizantes de toda broza.

El instinto racional, el instinto católico, el hábito de la fe, la intuición del alma fiel ha de valer á los sencillos más que todos los argumentos de los teólogos para mantenerse firmes en la doctrina que aprendieron. Los teólogos y canonistas se dividirán, unos dirán así y otros asá, y en esa confusión, lo mejor para los fieles, es acogerse al instinto del católico, que viene á ser la célebre fe del carbonero. El carbonero San Mamante no necesitó de otra fe que la del instinto católico. Por eso no será difícil que alguna vez tratemos de este instinto en LUZ CATÓLICA, y por esta misma razón empezamos en el presente número.

II

¡Dale, machaca!

He aquí lo que, según dejo indicado, tuve el disgusto de decir al Sr. Pey-Ordeix hace año y medio hablándole con una modestia de que su desfachatez me hizo arrepentir muy pronto:

«Usted que tan acertadamente aconseja admitir la verdad sin haber cuenta con las condiciones personales de quien la dice, no se desdeñará de leerla formulada por una pluma tan pobre como la mía, ni tomará á mal que no me meta yo á decir teologías para teólogos, sino *verdades sencillas para sencillos*... Mis alcances, lo repito, son muy cortos, y más si los comparo con los de usted; pero tengo en estos asuntos un *instinto* análogo al que me hace tapar los oídos si oigo una música desafinada, aunque de música sé tan poco. Así, pues, por caridad debo amonestar á usted y poner en guardia á más de cuatro amigos míos sencillos que leen *El Urbión*.»

Claro como la luz meridiana aparece que yo no intenté una impugnación en regla, como las de ahora, sino un aviso, una amonestación, por caridad, para poner en guardia, hablando sencillamente para los sencillos; y para eso me bastaba mi poca ó mucha parte de instinto católico, aunque á mayor abundamiento puse en aquella amonestación argumentos que Pey no ha deshecho ni deshará nunca. No, no todo fué instinto; usé de esta palabra por modestia, por no ser como Pey que presenta siempre su ruin casa detrás de soberbia fachada, y siguió una argumentación vigorosa que Pey pretendió inútilmente anegar con sus torrentes de prosa desbordada. Asimismo se ve claro que yo no afirmé no saber música, pues mentiría si tal dijera el que desempeñó dos años el cargo de director de coro y uno el de organista; lo que

dije es que *sé poco* de música, y luego verá el lector que le hago notar todo esto porque Pey funda en ello sus baluartes de viento.

Cortos son mis alcances, vuelvo á confesarlo; pero con ser tan cortos, van mucho más allá que los de mi buen amigo, los cuales comienzan en su nariz y en su nariz acaban; abusó de mi fórmula modesta; abuse ahora de mi ingenuidad si puede. Al enterarse de aquella modestia y sencillez, él que presume ser un *tu solus sapiens*, debió decir para su capote: «¡Leoncitos á mí!...» y me echó la andanada instinticida y morondongueña que aquí sigue:

«Pero el Sr. Corbató no precisa términos, no formula argumentos claros: por «*instinto* análogo al que le hace tapar los oídos si oye una música desafinada, aunque *no sabe* de música», califica de cismáticas mi actitud y mi doctrina, es decir, dice que desafina de las doctrinas y actitud de la Iglesia, por *instinto*, porque sí, *no sabe por qué*, pues de estas músicas entiende poco. Pues bien; el que *sin entender de música* la califica de desafinada, *no sabiendo* aducir las leyes de la harmonía de que se separa y *no pudiendo* presentar otro argumento que su *instinto*, debe demostrar previamente que su instinto no está en desacuerdo con las leyes musicales. ¿Quién sabe si el *instinto* teológico del Sr. Corbató está acordado con la teología? Porque es natural que si él se deja dirigir del *instinto* y no procura averiguar si ese *instinto* se conforma con la doctrina católica, podrá suceder que el desafinado sea el *instinto* y no mi actitud y mis doctrinas.

«Ya ve el P. Corbató por dónde incurre sin darse cuenta en un gravísimo error fundamental (¡¡ !! ¿¿ ??), al *constituir su instinto en criterio de verdad teológica* (esa es la buena fe de Pey: ¿quién constituye tal monstruosidad, señor fabricante de embustes?); porque ese *instinto* no es más que el espíritu privado de los protestantes (luego lo veremos). En todo el folleto, *á partir de ese falso principio* (que ni es principio ni parte de él, no siendo en la ilusa fantasía de Pey que solo desfigurando arguye) no viene á demostrar que mi actitud y mis doctrinas desafinen del concierto de las doctrinas y actitud católicas, sino que demuestra que desafinan de su *instinto*. Ahora bien: ó el Sr. Corbató supone que ese *instinto* suyo es la Iglesia, el Papa y la Unidad eclesiástica, ó debe retirar el valor teológico de su calificación. Elija entre Scyla y Caribdis (¡estoy perdido!)

«Usted presiente *con el instinto* la verdad, pero no la explica suficientemente... No se atreven á combatir (la asociación del Sr. Pey) razonablemente, y la califican *por instinto*, porque sí, de sociedad secreta. El Sr. Corbató la censura... ¿No es verdad que esas doctrinas disuenan al *instinto* del Sr. Corbató? No haga caso: el *instinto* va por un lado y el Derecho canónico por otro... ¡Siempre la misma música y el mismo *instinto* teológico desafinando!... La Historia, Padre Corbató, la Historia... y la Mística. Menos *instinto* y más lógica... Ataques sin fundamento, suposiciones gratuitas y calificaciones hechas *por el instinto* y NO POR LA RAZÓN.»

¡Dale, machaca! Y dice el cantar:

«De cuantos males me cercan
fácilmente me defiendo;
pero no puedo librarme
de las molestias de un necio.»

III

Qué es el instinto

Tenemos que, según el Sr. Pey, el cual atribuye al adversario lo que éste no soñó jamás, y sólo así sabe replicar, por instinto no se puede juzgar en asuntos de religión; el instinto está reñido con la razón, y en todo caso es el espíritu privado de los protestantes. Ni sabe el Sr. Pey qué es instinto en el hombre, ni qué espíritu privado, ni qué razón, ni qué luz natural, ni qué luz infusa.

El Diccionario de la Academia, que para el Sr. Pey es «criterio adecuado de la verdad teológica» (¡), dice en la segunda acepción de la palabreja (la primera es el instinto animal) que instinto es «un *impulso ó movimiento del Espíritu Santo*, hablando de inspiraciones sobrenaturales» Mejor, pues, podrá aplicarse la palabra á las intuiciones naturales; y en efecto, me voy al diccionario latino, al de Miguel, v. gr., y me dice que *instinctus* significa «impulso, instigación, *inspiración*» y miro los diccionarios de todas las lenguas que conozco, y todos me dicen lo mismo, y vuelvo al castellano, tomo el diccionario de sinónimos de Olive, y hallo que el entendimiento no añade al instinto del hombre más que la distinción de ideas, porque el instinto las tiene englobadas.

Si de los diccionarios subo á la psicología, veo que instinto quiere decir *intuición*, esa intuición que nace de un talento natural aventajado, ó bien de la ciencia adquirida que deja en la razón cierto hábito de juzgar sin la presencia intelectual explícita de todos los términos del juicio, así como el estudio y la práctica de las reglas gramaticales y retóricas dan el hábito de expresarse al tenor de ellas, sin que uno las recuerde. A mayor abundamiento, copio lo siguiente de la *Suma Filosófica* del Cardenal Zigliara, *Lógica, 63, IX:*

«Nadie podrá negar que sea inherente á las facultades de nuestro ánimo cierta inclinación al propio objeto, primitiva, natural, prepotente. Esta inclinación al propio objeto, como profundamente notó Santo Tomás I-II, Q. II a I, *inchoative* es ciencia, no sólo porque es un medio para saber, sino también porque, en virtud de la naturaleza cuya es aquella inclinación, nos adherimos ciertamente á la verdad de los primeros principios... y en este sentido dice Santo Tomás que todo hombre lleva inherente cierto principio de ciencia, esto es, la luz del entendimiento agente, por la cual se conocen al instante y naturalmente algunos principios universales de todas las ciencias. Quitada esta inclinación de nuestra alma... desvanécese en nosotros toda ciencia y toda certeza.

»En este sentido, pues, admitimos el *instinto* en el hombre, como principio radical y subjetivo de certeza; y lo propio decimos de la fe, aunque no de la fe ciega. Es más; añadimos que *los errores y arbitrariedades con que la ignorancia ó la malicia de los hombres inten-*

tan demoler los fundamentos así de la ciencia como de la Religión, tienen un obstáculo insuperable en la naturaleza racional, esencialmente inclinada á la verdad y á Dios.»

La fe del carbonero no se doblega. Si la razón del sabio no halla argumentos, el instinto de aquél halla puños.

IV

Instinto espiritual

Conviene explanar algo más algún concepto del párrafo anterior. Mi amigo Sr. Pey Ordeix, á quien esto del instinto desafina tanto como en mis oídos el machaqueo de su prosa cencerril y en mi alma la ronca voz de sus errores, seguramente no ha leído en su vida ni una palabra acerca del instinto divino, angélico, diabólico, etc.

Si algo de esto sabe, su discurso contra el instinto es hijo de la mala fe y no se libra de la nota de impío. Le citaré solamente un libro para que se instruya ó se confunda. ¿Ha leído alguna vez el libro *De discretione spirituum* del Cardenal Bona?

Centenares de veces este libro de oro usa de la palabra *instinto*, aplicándola en las tres acepciones indicadas, y aun diré que toda la obra trata del instinto espiritual. Por cierto que el Cardenal Bona me ayudó no poco á conocer el mal espíritu que anima al Sr. Pey-Ordeix. Esto aparte, y por no hablar sin probar, copiaré algunas frases del libro mencionado:

«Lo principal de toda la doctrina de la discreción de los espíritus, y como el fundamento de este edificio es, no sólo distinguir los buenos *instintos*, de los malos, sino también conocer los dudosos é inciertos.» (Cap. VII.)

«Solo á Dios pertenece consolar con su *instinto* al alma, sin que preceda una causa de consuelo.» (Capítulo VIII.)

«El *instinto* angélico al principio causa terror, y después da consuelo.» (Cap. X.)

«Por el nombre del espíritu diabólico se entiende aquel *instinto* que sugiere á nuestra mente lo malo, lo vicioso, lo contrario á la virtud, lo ajeno de los ejemplos y doctrina de Cristo.» (Cap. XI.)

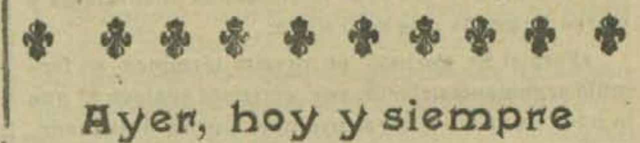
¿Para qué más citas? Todas pueden resumirse en aquellas palabras del Real Profeta: *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine*. Pey las ha olvidado.

Ahora advertiré al lector que casi todo lo que precede está tomado del folleto *Instintos y Automismos*, que escribí contra el desaforado folletazo con que el Sr. Pey-Ordeix pagó mi interés de hermano por él. En otra parte de Luz Católica declaré ya que mis amigos, abogando por Pey-Ordeix, con sus reiterados ruegos y sus enconos me obligaron á no publicar dicho folleto, que por esto se quedó sin terminar. No es improbable que lo principal vaya saliendo en este semanario, porque surgen razones que así lo aconsejan.

En efecto: es voz común entre los amigos de Pey-Ordeix, que las doctrinas de éste por nadie han sido condenadas, en lo cual no hacen más que repetir lo que aquél ha escrito cien veces: todo, dicen él y ellos, es cosa de mera disciplina. Este error puede tener muy funestas consecuencias, y por mi parte quiero y debo evitarlas en lo poco ó mucho que pueda. Cuando se condena un escrito sin marcar sus errores, es porque todo él es un error continuado, gracias al mal instinto, ó sea el espíritu deletéreo que lo anima, como sucede con todos los escritos de Pey. Cuando no es así, cuando los errores pueden aislarse del cuerpo del escrito, se señalan y éste se prohibe con la fórmula *done corrigatur*: hasta que se corrija.

Tenemos prometido al Sr. Pey-Ordeix otro artículo para hoy: más abajo cumpliremos con este *instinto*.

J. D. C.



Ayer, hoy y siempre

Ni partidario ni cismático

El rumor de la tempestad universal crece de hora en hora, présago de las venganzas de Dios; el cisma viene y se agiganta pavoroso, como las nubes en el génesis de la tormenta; el mar donde se forman sus nubes es la política de banderías y pasiones; por ahí es por donde los católicos de todo el mundo han pecado más en nuestra época, y por ahí viene el castigo que ha de ser un cisma devastador y sangriento como no lo ha conocido el mundo, acompañado de una guerra general de las potencias dispuestas ya á destrozarse. La muerte de Su Santidad León XIII será la señal. Si alguno piensa que sueño, le compadezco. Política de bandos, ¡maldita seas!

Esa política no ha sido jamás la del que esto escribe, jamás, jamás. Dícenme que sí; unos me echan en cara y otros me escriben ó lo escriben al público, Dios se lo pague, que he militado como un frenético en las filas de un «partido». Si así fuera, diría á todos: «perdonadme, no supe lo que hice; he visto ya mi extravío, y me arrepiento» Pero lo que me dicen no es verdad, no, no es verdad; bien probado lo tengo en este semanario con los trozos que he copiado de los escritos que publiqué en los tiempos de mi cacareado frenesí de partidos, y que pueden resumirse en estas palabras de *Cuestiones Candentes*, escritas hace seis años:

«Si soy carlista, si defiendo el programa de la Tradición, no es por la persona de D. Carlos ni porque espere de él recompensa alguna. Soy carlista *porque odio de muerte los partidos*; soy carlista porque veo que el carlismo no es partido, sino España.»

Eso es lo que han dicho siempre los grandes escritores del carlismo, y D. Carlos el primero de todos. ¿Han cambiado los tiempos para muchos? No es ahora ocasión de examinarlo; lo que me importa es certificar que tan enemigo de partidos y pasiones de bando fuí siempre como soy ahora. Mi único partido ha sido siempre el españolismo; mi única bandera la *españolista*. ¿Hay quienes lo niegan, porque hasta poco ha no usé de esta palabra? No es mía la culpa si ellos ignoran que el nombre no hace la cosa. Cuatro siglos tardaron los católicos en llamarse católicos, y muchos años los carlistas en llamarse tradicionalistas. ¿Dejaban de serlo por no llamarse?

Lo mismo digo en cuanto á «la cuestión llamada de

los Obispos» y otras cuestiones. Cien veces he expresado que, en mi pobre sentir, no es oro todo lo que en ciertas esferas reluce, y que en cánones hay algo que reformar, mucho en disciplina, y mucho más en el modo de aplicar unos y otra. Donde está la mano del hombre, allí está el mal al lado del bien. Pero yo soy nadie, menos que nadie, para expresar en esto más que una simple opinión ó convicción. Confieso el mal, concedo lo que puedo para echar al perro acometedor un hueso con que se entretenga, y no me levanto á exigir reformas con aires de regenerador ó acometiendo como los perros aludidos. Todo lo que puedo pedir, y nunca sin reverencia, es un Concilio que reforme como el de Trento, ¿y quién hará caso si pido un Concilio? ¿qué monto yo para que en esto se me oiga?

Sí, yo veo el mal, creo verlo mejor que los reformadores libelistas y cismáticos que hoy padecemos; pero mi obligación de súbdito es resignarme, ya que no puedo poner remedio, y pido á Dios que me borre del número de los vivos antes que dar uno solo de los grandes escándalos que hoy se dan en este punto. Tal vez ningún sacerdote ha padecido tanto como yo en el terreno canónico; pues con todo esto, exteriormente me he portado como debía, creo, y si no, que me saque un acto de insubordinación el que lo haya visto, y de veras le agradeceré el favor que me hará con esto.

En el capítulo V de *Los Consejos del C. S.* dije lo que se puede decir de bueno y de malo en la cuestión de los Obispos. Nombres saqué que son baldón de la historia eclesiástica; pero no siendo yo un cuervo para oler solamente la carne putrefacta, puse también una interminable letanía de nombres de Obispos españoles santos, y terminé el capítulo defendiendo al insigne Episcopado español actual, sin dejar de reconocer la parte flaca de alguno que otro en particular. ¿Qué se quiere? ¿que condene á todos? En último extremo podría quejarme á quien de derecho; pero para condenar ¿quién soy yo? Sé hasta dónde puede llegar la corrección fraterna; de ahí no pasaré mientras Dios me ayude, no, no pasaré, aunque por un imposible se deprave el Episcopado español en masa y el del mundo con él.

Si otros creen satisfacer mejor su conciencia obrando de otro modo, *ipsi viderint*; yo obro como la obediencia católica me ha enseñado, y dispuesto estoy con la ayuda de Dios á morir antes que conducirme de otra manera.

Cosas hay que veo más claras que la luz del día, y una es: que si existen ciertos males muy de lamentar, los primeros culpables son los que hoy ponen el grito en el cielo. Dios no es injusto; Dios da á cada individuo y á cada clase lo que él y ella merecen. El que quiera reformas, quiéralas según ley y razón, empezando por reformarse á sí mismo, según decía San Pedro de Alcántara, y con esto satisfará á Dios y habrá un perdido menos.

J. D. C.



Polemista y gramático fin de siglo

I

Los grandes recursos de Pey

Está visto que mi buen amigo Sr. Pey-Ordeix es un pobre buscarruídos. No sabiendo ahora á qué *urbión* ó diablo encomendarse para contestar á los cargos que le hace Luz Católica, pretende salir del paso, defendiendo por aquí á su amigo del alma Sr. Gascó, casi declarándose carlista por allá, y por otro lado copiando en SU *Revista* las sandeces que me dedica *El País*.

Lamento lo primero y lo segundo: mal amigo y abogado les ha salido... No lamento que se les defienda, sino que sea ese el defensor, ese el amigo. En cuanto á lo tercero, diré más abajo lo que no desdiga de la caballerosidad y buena crianza.

Una de las monomanías del Sr. Pey es meterse á curandero de todas las lacras, es hablar de lo que no sabe y embrollarlo todo y confundirlo todo. Otras veces he probado que, cuando el pobre señor no puede combatir al adversario leal, se finge él uno á su gusto para rajarle á mansalva, este es, le atribuye hechos en absoluto fingidos y expresiones en absoluto ajenas de aquél.

El otro día nos vino asegurando con celo y formalidad de papa cosmopolita, que Luz Católica y otro periódico «la han dado contra un sacerdote (el cual dice que es D. Manuel Gascó), por lo cual es caso de conciencia y de justicia salir á su defensa».

Hombre, hombre, es curiosa la noticia: ¿cuándo, dónde, quién ha dado las sagradas órdenes á D. Manuel Gascó? El cual señor, si es sacerdote, lo disimula bastante, pues hasta hoy todo el mundo lo ha tenido por lego, menos Pey-Ordeix, y por más digno de lo que supone el ser defendido por éste y de este modo.

Ainda mais. Para confundirlo todo, por no perder su costumbre, Pey atribuye al Sr. Osset párrafos míos, y á mí del Sr. Osset, y al Sr. Osset y á mí nos presenta confabulados en tremebunda conspiración contra el fabricado sacerdote. Ni yo tengo el honor de conocer al Sr. Osset, ni creo que él me conozca á mí. He oído hacer de él buenas ausencias, le considero como su catolicismo, ilustración y caballerosidad merecen, le tendría por muy digno con solo ver que Pey-Ordeix le combate, y á eso se reducen todas mis confabulaciones y compadrazgos con él.

¿Y á qué viene, pobre amigo Pey, la comedia esa de amenazarme por la mañana y perdonarme la vida por la tarde para volvérmela á quitar por la noche? Sí, hombre, sí: «póngase usted al quite», y póngase pronto. No me aconseje «tener paciencia, que ya me lo irá contando poquito á poco». Deseo que me lo cuente usted *muchito á mucho*, cuanto más pronto mejor.

«Ya se las iremos diciendo á medida que nos tiren de la lengua...» Pues yo no puedo tirar más; bastante tirar es repetir lo que escribí el jueves pasado: «Quiero oir lo que Pey indica, quiérelo de toda verdad, casi con ansia, porque con esto me dará ocasión de poner los puntos sobre las íes en materia que *va siendo de interés público*; lo de menos sería descubrir algún felón

Venga, pues, amigo Pey, venga de ahí, hable claro, que ya es hora, y le ruego que no se descuide.»

Yo sé todo, todo lo que Pey me puede decir; yo deseo decirlo también, yo lo diría si fuera tan indelicado como algunos que se pirran por vender chismes. Por eso deseo que tengan el valor de hablar paladinamente; entonces hablaré yo también, y se sabrá lo que no saben y conviene sepan.

II

¿Un asno pequeño?

Grandis gramaticus grandis asinus, decíanos el gran trapo del amigo Pey poco antes de dar las boqueadas, si es que los trapos boquean. Sí, amigo, sí; también lo decían los bárbaros godos cuando salieron de las selvas: «los grandes gramáticos son grandes asnos»; de dondo se sigue que los pequeños gramáticos son, por lo menos, asnos pequeños. Y esto sentado, vamos *anduviendo*.

El periodista tiene derecho á que se le respeten ciertos deslices gramaticales ó retóricos, porque á veces ni siquiera tiene tiempo para pensar lo que escribe, cuánto menos para castigar el estilo; pero cuando los deslices son tantos y tan garrafales que constituyen un verdadero crimen de leso idioma, no hay derecho que valga ni paciencia que lo aguante. El que no sabe escribir, que se vaya á la escuela.

Para demostrar que el amigo Pey se halla en este caso, no necesito salir del artículo que el jueves pasado le devolví corregido lógicamente. Imposible es corregírselo todo gramaticalmente; bastante haré con ocuparme de lo menos fastidioso.

Empieza su artículo así: «Jamás *me he explicado*». Buen preludio es este hiato para las sinfonías cacofónicas de nuestro músico gramático, tan filarmónico como en otro artículo nos ha declarado. Las cacofonías y sonsonetes son una de sus especialidades.

Defender *la* Iglesia, decimos en castellano; á *la* Iglesia dice Pey, tomando la Iglesia por persona.—Escogidas se escribe, no escojidas: Resultar *de*, se dice en español: en cosmopolita se dice: resultar *en*.—Suponer, en presente de indicativo, y siendo regente de tiempo pasado, rige pretérito imperfecto del mismo modo, según la Academia y el sentido común. Se escribe, pues: «supone que *temía*»; pero Pey escribe así, con un sonsonete que rompe los tímpanos: «No falta quien supone que el Sr. Corbató *temiese* que yo me *hiciese* carlista y lo *desbancase*.»

«Nos ha dado mucha pena *haber de* atacar.» *Haber* por tener, es anticuado, ningún regular escritor lo usa ya; y para los que abusan de dicho verbo tanto como Pey, dice Barald: «La repetición de este verbo, comunísima en francés, es intolerable en castellano, y uno de los vicios que más á las claras demuestran en autores y traductores incuria ó ignorancia.» Y, pues, de galicismos hablamos, diré que el verbo resultar, tal como Pey lo usa arriba, es detestable galicismo, según todos los buenos gramáticos. Véase, por ejemplo, *Frases de los autores clásicos* del P. Mir y Noguera.

«El otro día se me *ocurría* hacerle una jugarreta.» El segundo *ía* hiatoso es un solecismo y algo peor: diga «se me *ocurrió*. y hablará en cristiano. Eso de solecismo es tan común en los escritos de Pey, que los pone hasta por montera de estos. Su artículo en defensa del «sacerdote» D. Manuel Gascó lleva este epígrafe: «De cómo unos valencianos vienen *á por* lana...» ¡Pobre Geroncio, digo, Pey! Bien le vendría ir *á por* un poco de luz á la gramática para no hablar como un triste churro, ó como un intenso cosmopolita.

¿Y aquéllo de «responder *por tabla*»? Pey se transforma en bola de billar; así rueda el... Sólo en el juego de billar se usa propiamente aquel modo adverbial; y si lo dice en sentido figurado, equivaliendo á responder *indirectamente* «á quien él sabe y se calla», me parece una salida canallesca y tan grosera como la frase completa, que es así: «*le* responderé por tabla á quien sé y me callo.» Quite el *le* y hablará español, quítelo y tendrá un estulto pleonasmo menos, que bastantes tiene ya en sus incorrectos escritos.

Así escribía en el trapo cosmopolita el creador y director del mismo; y, pues, ahora da en SU *Revista* la segunda edición de aquellas pampiroladas, aconséjole que corrija el artículo *Nosotros* y *Corbató* cuando llegue el turno de reaparecer. No corrija sólo los defectos que aquí le saco; corrija muchos más que no tengo lugar de decir.

III

Quequeismo de Pey

Todavía lo que precede no es lo más notable; tampoco lo de llamar «lotes» á los billetes de una rifa, ni siquiera la elegante repetición retórica que dice así: «Cuando ví su invento (*para* Pey una rifa es un invento) *para* recoger fondos *para* el monumento de Aparicio, (¿quién será este Sr. Aparicio?) me faltaban palabras *para* aplaudir su idea.» Lo más notable es otra repetición hermosísima *que* hace las delicias de los «pequeños asnos» *que* no estudian gramática y *que* se meten á escribir en lengua *que* no entienden. No sé si tiene nombre esa figura; yo la llamaría *quequeismo*. Verán, verán ustedes el del melifluo Pey. ¡Ni su admirador Blasco Ibáñez! Allá va.

«Se reirían los otros, pensando en lo barato *que* les sale la función (función barato), de actores gratuítos *que* trabajan solamente por amor al arte. Al buen Padre le agradaría *que* yo le combatiera; pero ¿por *qué* he de combatirle?... ¿*Qué* voy á decirle yo, si de los escritos *que* contra mí dirige es él el (ó la, la ó lo, lo), *que* sale peor librado? ¿Por *qué* he de meterme á ridiculizarle, si él se pone á sí mismo en ridículo desde *que* coge la pluma hasta *que* la suelta?»

«Yo se *que* el Padre tiene algunas cualidades superiores. Para mí tiene una *que* le hace acreedor á todo mi respeto, y es *que* vive en la desgracia. ¿Y pretende él *que* yo le acometa? ¡Imposible!... Esto no quita *que*, si tanto y tanto hurga, el Sr. Corbató tenga *que* escuchar lo *que* no querrá oir, para *que* sirva de escarmiento á otros.»

IV

Harmonias en "on,,

Fíjese el lector en que son harmonías con *h*, como Pey escribe siempre, pues las buenas van sin ella. Y

esas pícaras harmonías me recuerdan algo que me tienta, me tienta... Caigo en la tentación; resuene la armonía de las harmonías para loor de la música de Pey que tanto me habla de música en otra parte.

Al final del mismo ingente folletazo, cuyo es el párrafo instinticida copiado en la *Apología*, hay un como himno del melón. También al final de mi contrafolleto en la *Apología* citado, y de un capítulo que trata así mismo de la gramática y retórica de Pey, sale este himno; no tengo más que copiar.

«En el último artículo que tiene poco más de *media columna*, canta Pey el himno del melón, al redoble del tambor del pellejo de Ziska. Atención, atención, que este himno del melón vale un doblón.» Y el himno es:

«Conclusión. Los lectores de *El Urbión* sabrán dar la contestación... y no por la razón. Contra *El Urbión*, han procurado remover... al Apostolado de la Oración. Amigos de *El Urbión*... la verdad ha entrado en acción. Para atacar á *El Urbión*... harán la unión... en la confusión... nosotros iremos haciendo la unión.»

«Melón, melón, melón.»

«Hombre, hombre ó melón, ¡y que sea usted, mi buen destripagramáticas y destroza-trompas de Eustaquio, el que pretende hacer la regeneración por medio de la Recta Razón de *El Urbión*!...»

Y aquí acaba por hoy esta diversión.

J. D. C.



OTRO MAESTRO DE ATAR ESCOBAS

(HISTORIA CURIOSÍSIMA)

I

Buen peje

Ya he dicho que mi buen amigo Pey me combate copiando las sandeces de *El País*. Para los católicos legítimos, este periódico es el órgano de los clérigos apóstatas; decir, pues, que estuve ó estoy de acuerdo con tan impío periódico, es ponerme en el número de dichos apóstatas y obligarme á la defensa. Ni los santos han descuidado su defensa en casos análogos, ni siquiera Pey la ha tenido por de poco momento, pues todavía hoy hace como quien se defiende de la nota que él intenta ponerme á mí.

Publicó *El País* y repitió Pey que yo había escrito á dicho periódico una carta «cariñosa». Protesté, retándoles á publicarla; parece que el órgano de los apóstatas replicó no sé qué, á juzgar por lo que hoy vuelve á copiar Pey; y no leyendo yo aquel periódico ni queriendo verlo, nada supe hasta que me llegó la *Revista* de Pey, fechada el 2 del actual y publicada el 7 ó el 8, porque las cuentas le salen torcidas...

El nuevo maestro de atar escobas, colaborador *per accidens* de la revista de Pey condenada y v.·. h.·. grado 33.·. *per se*, es un tal don Isidoro López Lapuya, á quien por consideración á un pasado que él debe recordar, me da gran lástima tener que decir cuatro verdades de las cuatrocientas que sabe le puedo decir: quédome con 396 en el saco.

El tal Lapuya, que me clavó la idem como algunos me habían anunciado, es el corresponsal parisiense de *El País*. Portóse conmigo largo tiempo caballerosamente, portéme con él como San Teófilo de Antioquía con el empedernido idólatra Autolico. Manifestóme al principio deseos de conferenciar conmigo en materias de religión; díjele tales cosas, que llegó á burlarse con sombra de la masonería y de sus papelajos ó títulos que me enseñó para ridiculizarlos; declaróme que no tenía inconveniente en confesarse, con tal que fuera con un sacerdote de ciencia; hízose carlista, muy carlista, y no poco trabajó para publicar por su cuenta mis *Meditaciones religioso-políticas*; rogóme que le presentara al Sr. Marqués de Cerralbo, lo cual hice con la venia de éste, y se le ofreció para paz y para guerra, delante de testigos; más notables fueron los ofrecimientos que trató de hacerle por mi conducto; en fin, Lapuya iba bien, muy bien; pero aceptó, por ganarse el sustento, la corresponsalía de *El País*, y con esto empezó á volver atrás.

No recuerdo haberme gastado nunca cinco céntimos en comprar dicho periódico; pero recibiendo Lapuya varios ejemplares, me enviaba constantemente uno «para que viese las barbaridades que decía contra obispos y curas.» Pey Ordeix dice que él ha venido leyendo *El País* «con singular atención.» No tengo presente si mi atención era singular ó plural; digo que yo también lo leía, porque uno de sus redactores oficiales me lo enviaba graciosamente; y que lo leía, como entonces publiqué en *El Águila Extremeña*, «para saber de buena tinta cómo disparatan los impíos, los soberbios, los cínicos, los hipócritas, los masones, los librepensadores, los destripacuras.» Lapuya mismo convino más de cuatro veces en mis juicios categóricos acerca de *El País*, cuyas mentiras y calumnias solían ser tema de nuestras discusiones, ya privadas, ya con otros.

Pero Lapuya necesitaba del tal periódico para ganarse la vida; y aunque él lo lamentaba algo y yo mucho, declare, si quiere, á qué amigo acudió en más de una ocasión para alimentar las pilas de su telégrafo... Es uno de los pecados que puede echarme en cara, no formal, pero sí materialmente.

II

La carta cariñosa y el cariño pérfido

Un día tuvo *El País* la ocurrencia de alabar al Cardenal Sancha, y por asociación de ideas se acordó de mí para denigrarme de tal modo, que Lapuya lo llevó muy á mal. Y aquí empieza la historia híbrida contada por el mismo en la carta que Pey recoge y publica.

«¡Voy á defender á usted en el mismo *País*, me dijo, porque no le conocen!»—«No, le respondí, no quiero que se me defienda en semejante periódico; más vale ser maltratado.»—«Pues haga usted, añadió, lo que otras veces le aconsejé; envíeles, con dedicatoria, un ejemplar de su folleto contra Sancha, y verán quien es usted.»—«Bastante indican que lo han leído; pero, en fin, lo pensaré, y veré si puedo complacer á usted.»

Por circunstancias que no son del caso, y sobre todo por una razón que diré luego y por no tratarse de defenderme yo mismo, sino que me defendiera el propio *País*, palinodia que me parecía de perlas en boca

de impíos, eché á un lado mis escrúpulos y escribí á Lapuya la carta íntima que él tiene la delicada nobleza de publicar. No deja de ser una felonía la comisión del hecho de publicarla; pero agradezco el hecho en sí porque con él se condena á sí mismo. He aquí lo que copia de dicha carta:

«*He pensado bien*, y veo que *si logra usted* (porque me parecía difícil que *El País* hiciese una pizca de justicia) hacer publicar su artículo, me dispensará usted insigne beneficio. Para facilitar su *tache*, le envío lo adjunto (eran datos) que puede usted modificar como quiera (algo más le envié que no se debía modificar; vamos á verlo). Introdúzcase usted de la manera que ayer me indicó (bien se ve que todo era cosa de él): que vino, me leyó el artículo, mientras yo sonreía (todo esto es verdad), comparando al P. Corbató real con el P. Corbató de *El País*, y luego le dije lo siguiente, que traslada usted *sin mudar punto ni coma*, ciñéndose al papel de narrador imparcial.»

¡Pobre Lapuya! *incidit in foveam quam fecit*. Ni siquiera ha sospechado que, si yo le reducía al papel de mero narrador, era porque desconfiaba tanto de su buena fe como de la del *País* Ahora bien; lo que le dije, lo que le escribí, lo que él había de poner sin mudar punto ni coma, era explicación de mi carta al señor Sancha, publicada poco antes; era, poco más ó menos, lo que muy luego se dignó publicar la *Correspondencia de Valencia* en carta dirigida al Director de este periódico. He ahí la razón indicada arriba: para esta explicación tanto valía *El País* como otro periódico.

Y sigue Lapuya copiándome y condenándose:

«Diga que soy intransigente en principios, pero que en cuestión de conducta y de personas soy tolerantísimo.» Lo cual es verdad, gran verdad, y de ello me precio, aunque Lapuya cree que con publicarlo me destroza. La mejor prueba de esta verdad es el mismo Lapuya, á quien no sólo toleré (¡y vaya si tenía que tolerar!) por mucho tiempo como nadie le ha tolerado, sino que le dí insignes pruebas de amigo hasta que en Marzo del año corriente me presentó en el mismo *País* como un traidor y un apóstata, según veremos. De lo demás que me copia nada tengo que retractar, ni merece la pena de trasladarlo aquí, á no ser lo siguiente:

«Si prevengo que en este momento acabo de enviar el folleto con dedicatoria (como él me pidió cincuenta veces), y certificado. No se quejarán de mí los señores de *El País*.» No podían quejarse, en efecto, pues á sus calumnias y sus improperios respondía yo enviándoles un folleto que para ellos me pedía su corresponsal. Y ahora añade Lapuya por su cuenta:

«No se quejaron, en efecto, y no se habrían quejado ahora sin la necesidad de defender la información de su corresponsal en París.» El que ha visto, como yo, cuáles son las fuentes de esa informción, quién y cómo la hace, etc., etc., podría descubrir cosillas harto curiosas, si no tuviera delicadeza para respetar ciertas intimidades. De esas y muchas más guardo memoria, porque para ciertas cosas «tengo una memoria terriblemente tenaz», como decía Aparisi Guijarro. Aun suponiendo que el señor Lapuya no tuviera de mí el buen concepto que dice tener, aun suponiendo que de mí pudiera sacar sapos y culebras, yo le recordaría el refrán: «cállate y callemos, que sendas nos tenemos.» Créame el Sr. Lapuya: al buen callar llaman Sancho... Con que ya tienen mis lectores explicado cuál es la «carta cariñosa» que dirigí á los «curas» de *El País*, según éste y Pey Ordeix.

III

Cría cuervos...

Esto orillado, ventilemos otras cosillas. Vuelve á decir Lapuya por su cuenta, refiriéndose al artículo en que trató de defenderme.

«*El País* publicó un párrafo; mi correspondencia no fué inserta en su totalidad (en prueba de buena fe). De este párrafo *se deduce* (nota bene) que el Padre Corbató leía *El País*, aprobando muchas de las ideas que *El País*. exponía.» Hombre, hombre, también Dios aprobó una vez la idea expuesta por Satanás, como puede usted ver en 3.° de los Reyes, cap. XXII; y si no quiere subir tan alto, quéiese en Balam, el cual también aprobó la idea expuesta por su burra.

Ello es que el párrafo de Lapuya debió de ser tan maligno, ó tan alterado ó comentando por los «reverendísimos curas paiseros», que Lapuya no quiso jamás enviarme aquel número, ni enseñármelo siquiera, de modo que yo todavía no sé lo que decía. Gordo debió de ser, pues no pocos amigos míos se escandalizaron, entre ellos el Sr. Melgar, de quien se me aseguró que se hacía cruces y esperaba mi retractación ó defensa. ¿Para qué? ¿No se trataba de *El País*? ¿Cabe contra este periódico otro género de defensa que el tan peregrino de Lapuya?

No obstante lo sucedido, seguí tratando al Lapuya con más amabilidad é intimidad que hasta entonces, testigos todos los que para bien ó para mal intervinieron en el asunto del monumento de Aparisi Guijarro. Creyendo yo que donde falta la conciencia puede muy bien haber un poco de nobleza y gratitud naturales, en éstas confié y me confié á Lapuya. No ha llegado el caso de decir cómo le traté y cómo me trató: baste poner aquí lo siguiente, que son palabras suyas textuales:

«Padre Corbató, con usted no puedo disgustarme nunca, nunca, aunque me diga las mayores perrerías, porque me ha hecho demasiados favores para no creer yo que todo lo que me diga nace del celo de amigo. Todo lo que alguna vez podré suponer es que se equivoca.»

Los hechos hacen traición á estas palabras. El señor vicepresidente del comité que formé en París para el asunto del referido monumento, empezó bien su cargo, siguió mal y acabó rematadamente mal. Antes de celebrar el concierto de 24 de Marzo había telegrafiado ya á su periódico los detalles de aquél, presentándose en todo como enemigo y no como tal vicepresidente, y luego envió al mismo albañal de la prensa un artículo de lo más infame y pérfido que he leído hasta hoy. Tampoco logré que me diera ó dejara *El País* que lo publicó; pero sospechando lo que había, lo adquirí por otra parte, y al leerlo renegué de la pérfida amistad de Lapuya para siempre jamás amén.

IV

Descoco inaudito

Gravísimas eran las calumnias con que pretendía deshonrar á D. Carlos, al Sr. Melgar y á mí. Tomé consejo, y fué que no convenía combatir las mentiras de un Lapuya, si no daba nuevo motivo. Hoy me lo da, entre otras cosas, por suponerme injustamente molestado «á causa de sus *apreciaciones* (¡!!) expuestas en *El País* sobre las fiestas de Aparisi Guijarro.» Tú lo quisiste, fraile mostén, tú lo quisiste, tú te lo ten. He aquí sus *apreciaciones*:

1.ª «Me consta de una manera cierta (á mí me constan que Lapuya miente con toda su alma: lo probaré) que D. Carlos se ha opuesto al proyecto, aconsejando que de ningún modo se verificase el concierto y se efectuase la rifa. D. Carlos deseaba ser el único que pensara en Aparisi, acaparando el nombre de éste para ornamentar su perdida causa.»

Porque estaba perdida se declaró carlista el buen Lapuya y pidió un lugar en las filas carlistas, atormentándome para que con este fin lo presentará al señor Marqués de Cerralbo; pero si perdono esta hipocresía, no perdono la calumnia. Escribióme el señor Melgar que D. Carlos se reservaba la manera de honrar la memoria de su fiel Aparisi, pues no era justo que contribuyese confundiéndose con el montón. Esto dije en secreto á Lapuya, para explicar al señor vicepresidente por qué D. Carlos no contribuía en París y de ahí se sacó Lapuya su calumnia brutal contra D. Carlos. Así D. Carlos fuera mi mayor enemigo, diría á Lapuya que miente de la manera más descarada y abusa traidoramente de la confianza y de la amistad.

2.ª «El concierto verificado anoche fué lucidísimo acontecimiento musical... Pero antes del concierto hubo una novedad; un discurso del P. José Domingo Corbató. El P. Corbató es un apasionado, un violento de gran capacidad y de talento claro; pero... pero... anoche se proponía ser patriota, ser español perfecto, y vino aparecer como sectario incorregible. El P. Corbató manifestó solemnemente que no es carlista... y sin embargo, tales afirmaciones hizo al lado de éstas, que, apesar suyo, el P. Corbató es carlista ó tradicionalista.»

Falta Lapuya nuevamente á la verdad. ¿Por qué no citó mis palabras? Aquel no era acto para declararse carlista ó no carlista. Hablé de españolismo, de unión, de Aparisi que fué apóstol de ella, y no tuve por qué declararme contrario ni adepto de partido alguno. Lapuya me hizo con sus mentiras gran mal entre mis amigos, que no pocos leyeron estos escándalos de *El País*, y hasta hoy he guardado silencio.

3.ª «D. Antonio Juvé, pastor protestante español (otra mentira; Lapuya sabía que mentía), queriendo demostrar que la reunión nada tenía de clerical, se proponía leer unos versos. No los leyó porque el discurso del P. Corbató llenó el tiempo marcado.»

Esto ataca mi fe de católico y mi fidelidad de sacerdote; digo que Lapuya calumnia de modo infame. Sabe él que no había tal pastor, ni tal querer, ni tales carneros; sabe que los versos son un soneto en alabanza de Aparisi, soneto que yo conservo y que Juvé no leyó porque no quiso, pues tenía para ello mi autorización. Si lo que dijo Lapuya fuera verdad; yo que había organizado y presidía el acto sería un sacerdote tan apóstata como los del *El País*; y antes que pasar por tal, prefiero que aparezcan desnudas la mala fe, la hipocresía, la doblez, el descoco inaudito, la desvergüenza con que calumnia el digno corresponsal de *El País*, D. Isidoro López Lapuya Y si Pey vuelve á molestarme copiando á este señor, de Pey diré lo mismo y más, con pruebas.

J. Corbató.

CORRESPONDENCIA DE LA DIRECCION

¿No es deplorable que hayamos de emplear tantas páginas en defender nuestra obra y nuestra fe católica de los ataques de tanto perverso por un lado y de tanto quisquilloso por otro? He aquí que hoy nos vemos obligados á suprimir con harto sentimiento las profecías, la sección de física, la de consultas y otras cosas que tenemos en cartera. Verdad es que no defendemos nuestra persona, sino nuestra doctrina, nuestra fe, nuestro catolicismo, y que esta defensa es de interés común; pero ¿no es bastante ser vilmente atacados por los masones y los herejes, que aun han de venir los amigos á entorpecer nuestra marcha? ¿No hay asuntos más interesantes que tratar?

Señor Guardiola, contestando á V. contesto á muchos, á muchísimos. No es como la primera su segunda carta. Aquella, bien ó mal, razonaba; esta acusa sin fundamento de razón y se hace eco de muchas falsedades. Es muy fácil razonar así, acusar así, y pedirme que publique dichas razones, sabiendo usted y los que no son usted, que para contestar cumplidamente necesito publicar ciertas cosas para las cuales quiero estar sobrecargado de razón. Sigan, sigan ustedes, pronto, pronto y acabemos de una vez... Yo no he de desbancar á nadie; pero deseo poderme explicar.

Es falso que yo combata el carlismo en sí, es calumnia; no he salido á combatir carlismo ni integrismos, sino el neo-liberalismo que de todo se apodera. Combato al mal como puedo y sé: el que no sea cofrade que no tome vela. Escribo en católico, nada más que en católico, y en vano han venido algunos aconsejándome y rogándome que me declare carlista en Luz Católica; citaré nombres si es menester; son más de dos, y respetables. Olvidan los tales aquellas palabras famosas: «Dedíquese el Clero á formar católicos...» Carlistas hay que ven por dónde van las aguas, y no pocos me han escrito felicitándome, lo mismo que algunos integristas.

¿Hablo en griego, por ventura? No, pero no se quedan en diez ni doce ni doscientos los que de propósito andan por ahí torciendo mis palabras para engañar á muchos. ¡Dios los perdone! El jueves pasado, por ejemplo, dije en el artículo editorial que, ó Papa y Obispos se han pervertido, ó se han pervertido los que contra ellos se levantan, y que no es difícil saber quiénes son los pervertidos. Pues de estas palabras tan obvias se valen para decir que acuso de pervensión al carlismo en masa, mentira indigna ya rechazada al final

del mismo artículo. Sigan mintiendo; día vendrá, y pronto, en que se avergonzarán de su obra de difamación.

También me acusan de ser yo el primero que me levanté contra los Obispos, y dí ejemplo á los otros; protesto indignado. Ni siquiera contra el Sr. Sancha me levanté mientras estuvo en Valencia, antes bien le defendí y apoyé su obra de Prelado, en *La Monarquía Federal*. Si después, no estando bajo su jurisdicción, usé de los derechos que me concede la ley de la corrección fraterna, más fué por dar una lección de ortodoxia á muchos amigos míos que por impugnar á dicho Cardenal, de quien ya casi me había olvidado. Lo he dicho, repetido y probado cien veces. ¿Tendré que volver á la carga? Quizá sea desenmascarando en un folleto á media docena de malandrines con boina, y sobre todo á uno que es el principal causante de todo esto.

REVISTILLA

Encíclica.—Ha comenzado á publicarse la grandiosa Encíclica de Su Santidad León XIII, en homenaje al divino Redentor, cuya bendición suplica para el siglo que va á comenzar. El documento pontificio es como el coronamiento de la obra de la Asociación que se formó hace un año para honrar la memoria del Salvador, elevando estátuas y cruces en los sitios principales de Italia. León XIII, en su Encíclica, trata de la beneficiosa influencia del cristianismo en la civilización humana. Exhorta á los pueblos para que empiecen el nuevo siglo encomendándose al Redentor y haciendo revivir la fe en el divino Maestro. A este efecto, indica los medios más convenientes y reglas que deben seguirse.

Dícese que el Padre Santo designa ya la Encíclica que prepara como su testamento pontifical á los cristianos del mundo entero.

Los obreros cristianos.—En las obras de construcción de la Basílica de Fourviere, cerca de Lyón, han trabajado centenares de obreros, en su inmensa mayoría buenos católicos, los cuales, en estos tiempos en que las huelgas están á la orden del día, «no han sostenido más luchas, durante los veinticinco años que han durado las obras, según palabras del presidente de la Comisión ejecutiva, que las de mutua emulación, ni se han oído más gritos que los propios del trabajo, ni ha habido más huelgas que las de los días festivos». Así se portan los obreros católicos y si todos los emitaran quedaría resuelta *ipso facto* la pavorosa cuestión social.

Un fraile relojero.—El ilustre dominico Padre Embriaco, célebre en la mecánica de precisión y en la construcción de relojes, ha presentado en la Exposición de París algunos de su invención, que han sido el asombro de los visitantes. Algunos de dichos relojes obtuvieron ya medalla de oro en las Exposiciones de Roma, Milán y Turín.

Hors concours.—El jurado de la Exposición universal de París ha declarado *hors concours*, esto es, ha otorgado en definitiva la más alta recompensa á un jesuita, el P. Capelle, por un aparato de iluminación por medio del acetileno. Dicho aparato resuelve todas las dificultades que ofrecía la iluminación por medio del nuevo gas y suprime todo peligro de explosión.

Las Órdenes religiosas y sus detractores.—Mr. Teime, furibundo librepensador francés, tratando de la criminal persecución que en Francia sufren las Órdenes religiosas, en una revista literaria hace de ellas el elogio siguiente.

«Unas 4.000 religiosas y 1.800 religiosos se dedican á la vida contemplativa, haciendo de la oración, la meditación, la adoración el principal objeto de su existencia. Pero todos los demás, es decir, «más de 20.000 hombres y 123.000 mujeres son, por su instituto, bienhechoras de la humanidad.»

¿Y cuál es su ocupación? Misiones en pueblos bárbaros y salvajes, cuidado de los enfermos, locos, idiotas, incurables, obras de asistencia, educación y enseñanza primaria; servicio en los hospicios, asilos, refugios y cárceles. Y todo ello gratuitamente ó por un estipendio mínimo para cubrir las necesidades físicas y el gasto personal de cada religiosa.

Progreso.— Decía *El Mercantil* del 7 del corriente: «Si se entiende por política antirreligiosa la que exige al ejercicio de los cultos todos la sumisión completa al poder civil y á las reglas del derecho que este dicte como garantías jurídicas, nosotros protestamos contra ese calificativo, y afirmamos una vez más nuestra adhesión á esa política, que es la contraria al carlismo y al alfonsismo.»

Colega, ¿que nos cuenta usted? ¿Ese es el progreso? Vaya, vaya, lea un poquitín á Cicerón, 2.° *de Lege*, c. 8., y verá que data ya de dos mil quinientos años la prohibición de «honrar aunque sea privadamente, á cualquier deidad nueva ó extranjera, como no sea reconocida por la autoridad pública.» ¿Progresamos, ó nos volvemos monos?

Del mejor vino sale el más fuerte vinagre.—D. Eusebio Gómez Platero ha publicado con autorización lo siguiente de una carta del presbítero Sr. Ferrándiz, redactor de *El País* y amigo y defendido de Pey-Ordeix:

«Si no he hecho más daño, es porque no he podido, y pienso consagrar el resto de mi vida á esa tarea, frío, tranquilo, pero duro siempre. Si en mí consistiera, no habría ya un fraile, una monja en España, ni un Obispo que no estuviera en la cárcel ó desterrado ó barriendo las calles, ni Nuncio, ni relaciones con Roma, ni clero, ni templos, ni nada.» *Peccator, cum in profundum venerit peccatorum, contemit.* ¡Desgraciado!

Cosas de Pey.—En el último número de su revista protesta este buen señor contra el Obispo de Barcelona, por si se decía ó dejaba de decirse que el Ilmo. señor Morgades iba á publicar una pastoral prohibiendo á su clero meterse en políticas de bandos, y con este motivo defiende el carlismo y casi se declara carlista, lo mismo que en otro artículo que al indicado sigue. Lo sentimos, lo sentimos, lo sentimos... no por el Pey, sino por otros.

Poesía.—«Ya parace teñir el horizonte con blancos arreboles la aurora del nuevo día en que *Cosmopolita* salga del silencio y obscuridad en que yace, suspendido entre cielo y tierra como alma en pena.» Esto lo dice el Pey. Es natural, pues dice también: «*Ni un solo paso hemos dado fuera de la ley* ¿y la ley se vuelve contra nosotros?» ¡Qué desfachatez!

No extrañaríamos que el trapo reapareciese pronto, ni sería maravilla que se publicase en Roma, que es el *summum desiderium* del Pey, para poner cátedra contra Cátedra. Lo que sí nos sorprendió fué la muerte del trapo; porque donde hay nombres ingleses, suele haber sobra de dinero para ciertas propagandas.

¿....?—Creemos que el digno jefe regional carlista de Barcelona habrá espulsado del partido á D. Juan

Morelló, detenido y conocido por sus ideas carlistas al saber por la prensa de toda España que figuraba como director, bien que testaferro, según todas las señales, del condenado *Cosmopolita* del Pey.

Un remediero.—El célebre parlanchín sempiterno, Genaro Alas, ha escrito un artículo sobre el medio infalible de vencer al carlismo, artículo que nosotros conocemos gracias á la célebre é histórica tijera del *maestro* Blasco, aquella que cortó *El establo de Eva* y que sigue haciendo de las suyas en la prensa francesa. El remedio es el siguiente: sabido que el tipo carlista en España previene de la ignorancia supina que aquí reina, con aumentar los 23.000 maestros á 30 000 y que cobren de verdad unos con otros 1 500 pesetas, adios carlismo: la ilustración lo barrería.

Estamos conformes por lo imposible. A ver qué gobierno liberal se atreve á pagar al maestro como es debido y ordenar que la enseñanza sea obligatoria, haciendo responsables á los padres de la falta de asistencia. A ver de dónde sale ese mirlo blanco.



Diario de la "guerra,,

(Resumen de la prensa)

DÍA 3.—*La Epoca* pide que se confisquen los bienes de todos los carlistas, y las almas cándidas del Silvelismo se preparan á adquirir *bienes nacionales* baratos; *El Imparcial* pide también que los *eunuquen* (!) y *El Pueblo* y *El Correo*, que sean tratados á hierro y fuego.—Por orden del Gobernador se cierra el Círculo Carlista de Valencia que no existe desde Mayo.—Pide la prensa que sean destituidos todos los empleados carlistas de España, y para los empleados no carlistas un jamón con chorreras.—Desde el levantamiento de las partidas ha bajado la bolsa *ocho enteros*.—Continúan las detenciones en Madrid y provincias —Son destituídos varios empleados de Valencia, so pretexto de que son carlistas.—Descubrimiento de que Pidal ha sido carlista, por Llagaria.—Las partidas de Cataluña continúan haciendo de las suyas, y van uniéndose poco á poco con la de Berga.—Las tropas hacen una salida en persecución de ellas, sin resultado.—Se dice que menudean los encuentros; pero que se oculta el número de bajas.—En el pedir no hay engaño. *El Imparcial*, poco contento de sus anteriores peticiones, quiere que sean expulsadas las Ordenes religiosas, y la prensa «liberal» le hace coro.—Se ignora el paradero de la partida de Alcoy.—La Guardia civil de Igualada encuentra en un camino cuatro escopetas, una alpargata en buen estado y una caja de bolas explosivas... sin balas.—La partida de Villafranca se dirige á Monserrat.—Se ignora el paradero de las fuerzas de los regimientos de Navarra y Alfonso XII; la nota oficial asegura que es debido á que se encuentran en puntos donde no hay telégrafo.—Ugarte confirma la existencia de las partidas de Tarrasa y Sabadell, y dice que dos escuadrones de Montesa y caballería de Granollers marchan en su persecución.—El Capitán de Alcántara participa que la partida de Alcoy consta de 13 hombres, pero que aún no ha dado con ellos.—Los requenenses piden armas para defenderse.—Encarcelamiento de varios sacerdotes en todas las provincias.—En Tortosa es suspendido por carlista el periódico integrista *El Estandarte Católico*.—Detención de 14 catedráticos del Instituto de Tarragona.—Los republicanos de Figueras también quieren fusiles para defenderse.—Se levanta otra partida en Jaén y es copada por la Guardia civil.—Presunta partida en Arrancapinos (Valencia) y paseo inutil de la Guardia civil de este punto.—Encuentro sangriento en Ripoll.—En Barcelona se reciben cartas de oficiales del ejército, diciendo que su situación no es muy halagüeña.—Es detenido el Sr. Llorens en los baños de Fortuna.—La partida de Manlleu la componen 90 hombres.—La *Gaceta de Venecia* dice que D. Carlos no autoriza el movimiento.

DÍA 4.—La escuadrilla que ha de vigilar las costas catalanas la componen: *Temerario*, *Venadito*, *Isabel II*, *Vicente Yañez*, *Pinzón*, *Martín*, *Alonso Pinzón* y *Marqués de Molina*.—El ministro de Marina dice que no se formará ninguna escuadrilla.—El Sr. Polo y Peyrolón se presenta en Madrid al ministro de Instrucción pública, el cual le obliga á presentarse todos los días en el ministerio.—Los carlistas de Oviedo celebran el Santo de don Carlos con una Misa y banquete.—Aprehensión de ocho escopetas en Martorell por la Guardia civil.—El Sr. Mella, que era vigilado por dos agentes, pasa la frontera, y el gobierno premia los servicios de sus servidores con dos cesantías.—Es suspendido *El Fusil* y otros periódicos no carlistas.—La policía, en su registro en la casa del marqués de Cerralbo, y gracias á su buen tacto, ha encontrado... un retrato de D. Carlos, caso raro si se tienen en cuenta las ideas del marqués.—El corresponsal de *El Mercantil*, que debe ser más listo que Cardona, telegrafía á este periódico «que un legitimista francés ha entregado para el actual movimiento cien mil francos», hecho que data de más de un año y fué presenciado por uno de nuestra redacción.—El *Boletín del Obispado de Barcelona* publica un Decreto de la Sagrada Congregación del Concilio al cual los periódicos llaman *Encíclica del Papa*, «recomendando á la gente de Iglesia no se mezcle en las contiendas políticas armadas».—El regimiento de Alfonso XII ha detenido en Berga al hermano del cabecilla *Frare de Manlléu*, ocupandole una caballería, que se supone sería para los carlistas.—Alarma en Agost, al saberse la proximidad de la partida de la *Carrasqueta*.—Otra en Sevilla por el levantamiento de una partida... de cazadores pacíficos.—Reunión de 800 carlistas en el campo de la Babia para dar un golpe en Barcelona, desbaratando sus planes la policía.—Disolución oficial de todas las partidas carlistas.—Son suspendidos el *Diari de Catalunya*, el *Diari de Tortosa* y *La Comarca de Tortosa*, ninguno carlista.—Algunos señores Obispos protestan de la detención de los curas.—*El Pueblo* pide que sean también encarcelados dichos Obispos.—Es libertado el Sr. Lloréns, bajo la responsabilidad del gobernador de Murcia.—La prensa descubre que los carlistas llevan fusil Lloréns, de doble carga y más alcance que el Mauser.—Informes particulares dicen que las partidas han pasado la frontera, y que desde que se le-

vantaron no han hecho más que huir. Esta noticia merece ser oficial.—*El Pueblo* descubre la existencia de la Gran Cruz de Carlos VII.—Tiros en Barcelona, por la censura transformados en puntos suspensivos...—*El Pueblo* ordena de presbítero á D. Cesáreo Sanz, y pide que lo encarcelen.

DÍA 5.—El cura que se oculta con el nombre de J. Christián, para que nadie le tome el pelo, nos enseña en *El Correo* que no sabe lo que se pesca.. si pesca algo.—Tiroteo de las partidas con la tropa en Manresa. Algunos paisanos vieron, además, los carros de sanidad, seguidos de algunas fuerzas, que se dirigían hacia Barcelona.—La partida de Igualada, pasa por Carme. La Guardia civil marcha en su persecución.—Se considera generalmente que el movimiento carlista está aplastado —Suspensión de otro periódico no carlista, *El Diario de Sevilla* —Ha sido cerrado el seminario de la Seo de Urgel por... puntos suspensivos.—La partida de Figueras marcha hacia Sabadell.—*El Mercantil* obsequia á sus lectores con un tablero de ajedrez.—Exposición de Alfredo Calderón á S. S. el Papa, pidiendo la Luna y el planeta Marte.—Dícese que en Santurce se ha efectuado un alijo de armas, y se considera insuficiente el cañonero «Mac-Mahon» para vigilar aquellas costas. La vigilancia ha sido reforzada con fuerzas de carabineros.—Aparición de una partida de 30 hombres en Bellver.—Encuentro de la Guardia civil con la partida de Alcoy, sosteniendo vivo fuego.—Se cree se haya disuelto la partida de Alcoy.—Nota oficial. El gobierno dice que sólo queda la partida que manda el *Pinet* en Alicante.—Es capturado el *Pinet* en Alicante, y se confirma que... no mandaba ninguna partida.—La partida de *Carrasqueta*, después de pernoctar en Palomart, se dirije á Alcoy. Continúan las detenciones de curas y seglares, con acompañamiento de registros.—Se publica la novela de Soliva que es muy entretenida y que demuestra en su autor mucha imaginación.—Se ordena por la superioridad que sean excarcelados los detenidos contra quienes no resulte ningún cargo.

(*Se continuará.*)



Lo que va de ayer á hoy

Tanto como hemos defendido en LUZ CATÓLICA nuestra fe y nuestra obra, nada hemos dicho en defensa de nuestras pobres condiciones y cualidades personales, ni siquiera de nuestra conducta particular vilmente ultrajada. Todo esto nos interesa harto menos que defender nuestro catolicismo para desenmascarar á los solapados enemigos del nombre católico.

Con todo esto, proponemos para lo sucesivo no defender ya nuestra fidelidad de católicos, no siendo en algún caso muy excepcional. Ahora ya saben nuestros lectores á qué atenerse, y nosotros necesitamos de todo el espacio de LUZ CATÓLICA para ventilar cuestiones importantísimas que nuestros detractores nos obligan á suprimir. Cabalmente no; está reclamando algún lugar una cuestión escandalosísima que levantaría clamores hasta de las piedras, si publicáramos todos los datos que poseemos. En el número próximo diremos algo.

Ahora, para que vean nuestros lectores lo que va de ayer á hoy en los juicios de nuestros detractores, y para que estos se respondan á sí mismos de hoy para siempre, copiamos lo siguiente:

De *España Cristiana*, núm. 506, Enero de 1895:

«Cada dos ó cada tres días vienen los periódicos de la mañana y de la tarde ocupándose del P. Corbató; pero no para compadecerle, sino para extremar las persecuciones que sufre y hacer su situación más dolorosa. Esto de dar puntapiés al que ya está caido, será muy propio de católicos liberales; pero siempre resultará un proceder indigno de caballeros y cristianos.»

De la misma *España Cristiana*, números de Septiembre y Octubre del corriente año, hemos copiado en nuestra revista las pérfidas frases con que ha pretendido mancillar nuestro catolicismo, después de haber dicho en Febrero del mismo año que con nosotros no quería juntarse «ni en la casa de Dios.»

En un brindis leído con motivo de la fiesta de «San Jaime», año de 1897, decía un carlista de los más ojizainos y listos en vituperarnos:

«Brindo. . . . . . .
porque el Padre Corbató
muy pronto vuelva á Valencia,
y con su afilada pluma
diga la verdad *entera*
á los que le han calumniado,
á los que le hacen la guerra
tan sólo por conservar
la codiciada prebenda.»

Este versista ó medidor de prosa es el autor de la carta de Sueca que publicamos en el núm. 4 de LUZ CATÓLICA, en la cual se nos daba patente de liberal, usurpador y apóstata.

¡Lo que va de ayer á hoy!



Sección recreativa

El exceso de original nos obliga á suprimir hoy, no solamente lo que se dice en la *Correspondencia de la Dirección*, sino hasta la sección recreativa. Perdonen nuestros amables lectores: en el número siguiente satisfaremos la pregunta sobre el Trisagio, y formularemos otra. Esto no obstante, vamos á poner un rompecabezas de lo más original. El que nos lo explique convenientemente, tendrá derecho al premio acostumbrado. Trátase de un párrafo de Pey-Ordeix publicado en el trapo, y ahora en su antigramatical y anticatólica revista, y dice así, quejándose de la multa que le pusieron al aparecer.

«Habiendo acudido el director de la revista á quejarse ante el Gobernador Sr. Sanz Escartín, éste quedó sorprendido al oír que la revista no había sido publicada, aunque sí estaba impreso el primer número. El señor Gobernador presentó un ejemplar, y entonces el director advirtió que para acreditar la publicación se *requerían* seis ejemplares; y que no habiendo autorizado la venta del número, acudiría al tribunal denunciando el hecho de la sustracción de ejemplares.»

Qui potest capere capiat.

Imp. Menosi, Baja, 32. – Valencia

OBRAS PRINCIPALES DEL PADRE CORBATÓ

(TODAS DE ACTUALIDAD PALPITANTE)

DE VENTA EN LA

BIBLIOTECA ESPAÑOLISTA

(VALENCIA)-BENIMAMET (S. Roque 7).

Apología del Gran Monarca.— Dos tomos en 4.° holandés, *8 pesetas*.—Es una obra de trascendental importancia y de actualidad candente, en que se demuestran hasta la última evidencia la racionabilidad é incontrastable solidez de las predicciones relativas á España y al Gran Monarca.

Meditaciones religioso-políticas de un español proscripto.—Esta obra extraordinaria contiene las Meditaciones publicadas por *Luz Católica*, y una tercera parte más que no pudo ser publicada. Más de 400 páginas en 4.° holandés.—*4 pesetas*.

Memorias, impresiones y pronósticos.—Ya conocen nuestros amigos lo que es esta tan aplaudida obra, que parece magna profecía de nuestros tiempos y los que se acercan; nada más necesitamos decir.—*4 pesetas*.

Luisito Sarriá, ó el Hijo de la Lavandera.—Hermosa novelita. Edición de lujo.—*1 peseta*.

El Españolismo de Aparisi Guijarro.—Discurso pronunciado en París, elegantemente impreso.—*1 peseta*.

La Cuestión de la Buena Prensa.— *1 peseta*.

NOTA. Accediendo gustosos á representaciones de algunos amigos nuestros que desean propagar dichas obras, las cederemos por menos de lo que nos cuestan, rebajando el **50 p. 100** del precio haciendo el pedido directamente á esta casa. Gastos de correo (y certificado si se desea) á parte.

Observaciones apologéticas sobre la vida y costumbres del P. Corbató. — *0 50 pesetas*.

Impresiones de un viaje de propaganda.—Folleto sobre la vocación de España.—*0 40 pesetas*.

Integrismo y Españolismo.—Exposición de la política tradicionalista fundamental.— *0 40 pesetas*.

Catecismo Cristiano-Católico.—Según graves teólogos, es el mejor compendiado y más oportuno para las necesidades de la época presente.—Un tomito de 128 nutridísimas páginas, *0'20 pesetas*.

Exposición á D. Carlos de Borbón.—Folleto importantísimo de actualidad.—*0 20 pesetas*.

Memoria póstuma del General D. Salvador Soliva.—Con abundantes notas y fotograbados.—*0'20 pesetas*.

Regionalismo españolista.—De importantísima actualidad.—*0 20 pesetas*.

Separatismo disimulado.—Estudio histórico contra el catalanismo falso.—*0'20 pesetas*.

La actualidad parlamentaria con relación á la doctrina católica. – Folleto de actualidad y de amenísima filosofía política, en que se deshacen muchos errores candentes; 32 nutridísimas páginas en 4.°—*0'10 pesetas*.

La Raza degenerada.—Folleto contra los españoles desafectos a España *0 10 pesetas*.

La Cruzada españolista.—Su importancia, su necesidad, su triunfo. – *0 20 pesetas*.

Colecciones de LUZ CATOLICA. (*Los cuatro años*).—Dos tomos en folio, a dos columnas, de más de mil páginas cada uno, con abundantes índices por orden de materias. Elegantemente encuadernados. Precio de la colección *25 pesetas*.—Sin encuadernar *20 pesetas*.

Colecciones de LA SEÑAL DE LA VICTORIA.—Tres tomos, de igual tamaño y condiciones que los anteriores. Contienen todo lo relativo a la magna *Cuestión Josefina*. Sin encuadernar *24 pesetas*; encuadernados, *30 pesetas*.

NOTA. Entrambas colecciones son verdaderas y acabadas enciclopedias religiosas, proféticas, científicas, políticas, históricas, etc., oportunísimas para nuestros tiempos.

Para gastos de correo y certificado, añadir al precio sobretasado, **una peseta** por cada tomo.

